PÁGINAS DE ESPUMA

20 ANIVERSARIO

La casa detenida

Microantología para tiempos de cuarentena

LA CASA DETENIDA

Microantología
para tiempos de cuarentena

© De los textos, sus autores, 2020
© De esta maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2020

Editorial Páginas de Espuma Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid
Teléfono: 91 522 72 51 Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Enfermedad-. Aceleración del mundo.

Andrés Neuman, Barbarismos

LA CASA DEL TERROR

Juan Pedro Aparicio

Felipe se negaba a entrar en la Casa del Terror pero sus amigos le arrastraban. Él protestaba, aunque se dejaba llevar. «He tenido muy malas experiencias» –decía. Literalmente le subieron al trenecillo, le pagaron incluso la entrada y entre bromas y risas, haciendo mofa de sus aprensiones, entraron en el túnel.

El primero en salir huyendo fue el individuo que, disfrazado de espantajo, daba escobazos a los viajeros. Luego los demás, el que hacía de momi, el que hacía de vampiro, el que hacía de bruja, el que hacía de esqueleto fosforescente. El colmo fue ver salir huyendo también al conductor del trenecillo.

Los pasajeros, ya solos, miraron entonces a Felipe y también salieron corriendo. Éste, detrás de sus amigos les gritaba: «Os lo había dicho».

SOBRE LA PUERTA

Eduardo Berti

Tiempo hace que viajé a una aldea del sudeste mexicano, en la que reina una costumbre inveterada: todas las casas tienen un cartel encima de la puerta, en el que se indica el nombre y apellido del jefe de familia –o bien del ocupante solitario-, la profesión u oficio que da sustento al hogar y, por último, se ofrece algo así como una escueta declaración de principios. Dice un cartel redondo que se confunde con un escudo: «Aquí vive la familia de L. P., que trabaja como herrero y nunca fía ni presta dinero después que un antiguo amigo lo estafó». Dice un cartel más pobre, algo cuadrado y de madera:

«Aquí habita la señora M. A. F., viuda de J. T. (que en paz descanse), en decidida soledad. No se moleste en visi-

tarla sin una razón indiscutible». Una vez al año, el día en que se despide el otoño, los habitantes están autorizados, si es que así lo desean, a cambiar de cartel o alterar sus inscripciones. Hacerlo en cualquier otra ocasión constituye un ultraje y un desatino.

De visita en este pueblo, conocí a un viejo albañil que sabía de memoria cada uno de los carteles (poco menos de doscientos) e incluso recordaba otros ya inexistentes. Lo más notable es que este sujeto, cierta vez que emprendió un viaje por el norte del país, debió escribirle una carta a un leal amigo de aquella misma aldea y en el sobre estampó –sin dudarlo un instante y con su letra más esmerada– la leyenda entera del cartel puesto encima de la puerta del destinatario.

TIRAR LA CASA POR LA VENTANA

Flavia Company

Rómulo decidió ser arquitecto igual que lo habían decidido antes que él su padre, su abuelo y su bisabuelo. Todos se habían distinguido por un perfeccionismo obsesivo que más de una vez los había llevado a pelearse con el mundo. Rómulo era heredero fiel de aquella característica que, respetada por diversas generaciones, se había convertido en una tradición. Total, que Rómulo se hallaba ante uno de los momentos clave de su carrera: el presidente le había encargado su casa.

Solo ante el peligro –una vez fallecidos bisabuelo, padre y abuelo–, a sus 49 años, se entregó en cuerpo y alma a la difícil labor de no defraudar al presidente pero, sobre todo, de no decepcionarse a sí mismo. Es verdad que tardó demasiado tiempo en presentar el proyecto acabado

y que esa demora casi le cuesta el despido, pero también es verdad que su idea ganaba en originalidad, elegancia, comodidad y belleza a cualquier edificio erigido en la historia del mundo.

Rómulo asistió entusiasmado a la construcción de su sueño, que se elevaba hacia el cielo con majestuosidad inefable. Sin embargo, una caprichosa gripe de verano lo mantuvo alejado de las obras las últimas dos semanas. Las dos semanas que bastaron para dar al traste con su idea. Al ver la catástrofe, y a pesar de las felicitaciones de constructores, amigos e incluso del propio presidente, creyó morir. No daba crédito: faltaba la luz. Habían olvidado la ventana central, la columna vertebral y cerebral de toda su obra. Lo tuvo claro, a pesar de las protestas y amenazas del cliente. Rómulo aseguró que iba a encargarse él mismo de todos los gastos –una fortuna–, pero que no quedaba otra solución. Había que tirar la casa por la ventana. De ahí.

PALACIO DE MUÑECAS

Patricia Esteban Erlés

En el interior de la célebre casa de muñecas de la reina Mary, sentados a la mesa en el enorme salón dorado y rosa, cuatro muñecos cenan en silencio. Una de las muñecas infantiles, evidentemente vestida de pequeña princesa, se cansa del sonido monótono de los tenedores y pregunta a su padre, el muñeco monarca, por el estruendo que se escucha allá afuera, al otro lado de la casa de muñecas de cinco metros que es su hogar desde siempre, y que sacude el cristal de los ventanales con una llamarada. Son fuegos artificiales, querida, replica el padre sin levantar la vista del pudin. En el exterior, siguen cayendo bombas sobre los edificios. El impacto de una de ellas estropeará

levemente el tejado del palacio de muñecas y se colarán esquirlas en el piso más alto, aquel desván al que las niñas de porcelana tienen prohibido acercarse.

El espejo, 3

Espido Freire

Te llevaré a mi casa, y tendremos niños, y seremos felices para siempre si tan sólo sales del lago, amor mío, si dejas de mirarme y sales de ahí, tú, tan parecido a mí, el ser más hermoso del mundo, al que sólo veo cuando me asomo al lago.

HAY QUE BENDECIR LA CASA

Fernando Iwasaki

Cuando nos mudamos comenzaron a pasar cosas muy raras: las cosas se movían solas, las luces se encendían y apagaban y alguien lloraba de noche, como los gatos recién nacidos. Como mamá era muy religiosa llevó al padre Bruno a bendecir la casa, pero después de una sema- na de tranquilidad el fantasma se volvió agresivo: nos rompía los cuadernos o nos manchaba los libros, y los profesores del colegio no nos creían. Entonces el padre Bruno le dijo a mamá que nos fuéramos donde mi tía Nati para poder bendecir la casa de noche. Todo era muy raro, porque el padre Bruno se vistió como si fuera a dar una misa. Al día siguiente lo encontramos llorando y entre sollozos

nos dijo que teníamos que mudarnos. Han pasado muchos años y la casa sigue vacía. El padre Bruno ya no es cura y cuando se emborracha dice cosas horribles.

DE FAUNA DOMÉSTICA

José María Merino

Por el momento, las pruebas de su existencia parecen ser determinadas señales físicas que los investigadores menos escépticos defienden como evidencias: la exhalación de su aliento, huellas de su cuerpo, su color, su olor, su canto. De su silenciosa respiración sería testimonio la leve corriente de aire que, a veces, percibimos en la nuca o en las orejas, aunque en la casa todas las ventanas estén cerradas. La precisión del soplo vendría a ser indicio de un largo apéndice que pudiéramos llamar nasal, quizá retráctil. Un reflejo de su color lograría asomar en la penumbra del pasillo, o de las alcobas, a la hora vespertina, con el sol declinante: el suave resplandor nacarado, parecido a

la ceguera de los espejos, que denunciaría un cuerpo blanquecino, cubierto de pellejo, plumón o escamas, capaz de reflejar la luz con mayor intensidad que una piel desnuda y mate. Que su cuerpo puede cambiar de tamaño lo confirmarían las diversas señales que se consideran suyas, tanto esas huellas que deforman sin motivo aparente la larga superficie de las colchas o la panza de los cojines, como las pequeñas oquedades que suelen aparecer en la harina, el azúcar o el pimentón cuando abrimos el bote que los guarda. Su olor, aunque diverso, es característico: no del todo agradable, pero tampoco hediondo, es ese que puede sorprendernos de repente en casa, sin que seamos capaces de descubrir su procedencia. Al parecer, su canto imita con tal certeza los sonidos de la rutina cotidiana, que es casi imposible distinguirlo del goteo del grifo, la descarga de una cisterna, el tictac de un viejo reloj, el rumor del tráfico en la calle o el súbito zumbido de la lava- dora. Nunca se han encontrado rastros inconfundibles de sus pisadas, y hay quien sugiere que se movería volando o reptando. Su capacidad de volar corroboraría lo plumoso del cuerpo; la alternativa nos induciría a suponerlo cubierto de pellejo peludo o de piel escamosa. Nadie ha podido conocer de qué se alimenta y tampoco se han hallado sus excrementos. Hay quien propone que se nutriría de nuestras exhalaciones psíquicas, quizá mientras dormimos. Se adapta bien a las casas donde abundan los libros: las pequeñas arrugas y raspaduras de ciertas

páginas y cubiertas, las manchitas que deforman algunas letras, serían señal de que los utiliza como guarida. La cualidad que puede atribuírsele sin confusión ni engaño es la invisibilidad, única evidencia que nadie, hasta ahora, ha conseguido refutar.

GEMELO

Teresa Serván - Microlocas

La última vez que lo vi fue aquí en el baño, le explico a mamá, jugábamos al escondite. ¿Os peleasteis?, pregunta. Respondo que sí con falso arrepentimiento mientras recuerdo cuánto me costó encerrarlo. ¿Y dónde está ahora?, insiste. Supongo que en otro lado, le digo y empiezo a peinarme. Sé que ella nunca advertirá ese tono más claro en el cabello del espejo. Sonrío y el reflejo tiene que imitar mi mueca. En casa se organizan para buscarlo.

RECOVECOS

Juan Jacinto Muñoz Rengel

Había soñado que tras el falso muro de un extremo de mi casa se ocultaba un buen número de habitaciones olvidadas. Cuando desperté, lo hice sobre aquellas estancias ocultas, en un desván inmenso y polvoriento que se extendía por encima de todo el piso, y todavía más allá. Una escalera que se descolgaba desde una grieta de aquel desván llevaba a otra vivienda distinta. Hace años que vago por este espacio de luz brumosa. He vivido en decenas de hogares, dormido en innumerables habitaciones. A veces me asomo a través de los espejos y soy otras personas, durante vidas completas. Pero sé que eso otro que hay ahí fuera es el espejismo.

Tras los pasos de Alicia

David Roas

Desde hace unos días, mi hijo está empeñado en mirar detrás del espejo que decora el recibidor. De los muchos que hay en casa, solo lo hace con ese. Resulta curioso que sea el que menos me gusta: no soporto abrir la puerta de la calle y que lo que primero que vea al entrar en casa sea a mí mismo.

No entiendo la pasión de mi mujer por esos trastos. Como no le bastaba con el espejo del recibidor y los que ya había en los dos baños y en el pasillo, ha colocado uno en nuestra habitación, otro en el cuarto de invitados y otro más en el despacho.

Frente a los otros seis espejos, el niño se comporta siempre igual: se mira fijamente, manosea su superficie,

a veces llega a darle (¿darse?) un beso. Sin embargo, cuando lo coloco ante el del recibidor lo primero que hace es aferrarse con fuerza al marco y tirar de él para separar el espejo de la pared. A continuación, trata sin éxito de meter su carita por ese mínimo espacio para, imagino, asomarse a su interior. El fracaso de la operación no le detiene, pues el niño opta, entonces, por introducir su bracito por la estrecha rendija, intentando que el resto de su cuerpo lo acompañe por el mismo camino. Comprobar que esa acción también es imposible, siempre le enfada. Pero hasta ahora no ha dejado de intentarlo.

Ayer lo pillé gateando por el pasillo en dirección al recibidor.

Tendré que vigilarlo cuando empiece a caminar.

La sueñera, 127

Ana María Shua

Mi casa es fresca y cómoda. Sus paredes, perfu- madas y jugosas. Me llevan hasta ella muchísimos caminos que he aprendido a excavar con mis propios dientes. Mi vida entera tiene sabor a manzana y ya sólo me faltan proteínas para ser totalmente feliz.

EL CARACOL (1)

Javier Tomeo

Cuando llegue el invierno y las hojas desaparezcan, no pienso desesperar. Cerraré las puertas de casa (que soporto sobre mis espal- das) y me encerraré en espera de tiempos mejores.

¿Quiere usted saber ahora cómo podré resistir tres, cuatro o cinco meses sin moverme y sin alimentarme? Muy fácil: consumiré el mí- nimo de energía posible y todo mi organismo colaborará en la empresa. Incluso mi rudimentario corazón espaciará sus latidos al máximo. De treinta y cuatro pulsaciones por minuto, que es lo normal, descenderá a tres o cuatro. Será en cierto modo como una muerte aparente.

Sé, sin embargo, que despertaré un día de primavera y que todo, a mi alrededor, volverá a ser verde.

SE QUIERA O NO

Ángel Zapata

Ni sale de su casa ni entra en ella: permanece en el umbral, atónito. El mundo, fuera, se ha vuelto de carbón, un mundo negro, inanimado, exhausto. Sobre su cabeza, la ley inexo- rable de un cielo de carbón. En su interior, un cuchillo dentado. «Aquí terminan todas las cobardías», piensa. Pero sus pies siguen inmóviles. Llega el día, la noche, el día otra vez. Cada no mucho tiempo, un hombre hecho de lágrimas cruza la calle.

Habitaciones

ELOY TIZÓN

Lo más bonito era volver a casa y no hacer nada, dormir, bañarse en el jacuzzi, poner muecas graciosas y decir gansadas, desperezarse y bostezar con todas mis fuerzas, dado que lo que une de verdad a dos personas, en mi opinión, lo que espesa un vínculo, no es tanto haber compartido las mismas aventuras exóticas en tierras lejanas, sino el hecho de haberse aburrido juntas, en el sofá del salón, un domingo por la tarde.

"El cielo en casa", Técnicas de iluminación

SAMANTA SCHWEBLIN

Mi madre suspira y, sin soltar el volante, recuesta su espalda en el asiento. No va a decir mucho más. Quizá no sabe qué más decir. Pero esto es exactamente lo que hacemos. Salir a mirar casas. Salir a mirar las casas de los demás. Intentar descifrar eso ahora podría convertirse en la gota que rebalsa el vaso, la confirmación de cómo mi madre ha estado tirando a la basura mi tiempo desde que tengo memoria.

"Nada de todo esto", Siete casas vacías

ANTONIO ORTUÑO

Eso significará que el fi n se acerca, quizá, pero mientras la muerte vacila, mi jardín y la zona de la casa que se asoma al ventanal han comenzado a apestar. Temo que los camiones asignados por el gobierno para recoger los cadáveres me multen por mantener con vida este filete en putrefacción.

"La Señora Rojo", La Señora Rojo

ANDRÉS NEUMAN

Escribo estas líneas para ordenar el tiempo. No hay nada más desordenado que dejar de escribir lo que sucede. Y las cosas en casa, últimamente, son un puro desorden. Mi madre acaba de servirme el desayuno. Su sonrisa parece tan idéntica mañana tras mañana, que empiezo a sospechar que no percibe que los días pasan. ¿Vivirá instalada en un pasado continuo que ha desplazado al presente? Sería una forma ingeniosa de eludir el futuro, que en su caso no creo que le depare grandes promesas. Quiero mucho a mi madre.

"Juan, José", Hacerse el muerto

MARÍA FERNANDA AMPUERO

Al cabo de unos días en casa, tomando las vitaminas domésticas, aparentando una docilidad de león de circo, dejándose bañar con el pegostreo de la mirada filial, llega un día en el que no se puede más: pretender que has vuelto requiere un esfuerzo agotador. Casi mata. Toco la puerta del vecino, el raro, porque, me digo mientras camino los diez pasos que me separan de su casa, quiero saber de sus

hermanas, pero en realidad quiero saber de él: el olvidado de los exilios familiares. Él: el chico de mi infancia.

"Crías", Pelea de gallos

CLARA OBLIGADO

No hay casa cuando se deja un país, se vive a la intemperie, el corte no cicatriza. Sólo con Norma no me sentía herida. Luego ella hizo una pareja, yo dos, ocupó cargos públicos, fue reconocida en los medios culturales, se hizo casi famosa. Yo no, y nada de esto me importaba. En ese tiempo la vi poco aunque la sabía contenta. Nos llamábamos para las fiestas, era suficiente.

"El grito y el silencio", Las otras vidas

NURIA BARRIOS

Las voces se encrespan. Ella lo ha metido en sus casas; él ha comido con ellos, ha dormido en sus camas, ¡ha cuidado a sus niños! Un súbito terror les paraliza; solo el odio consigue que la sangre circule de nuevo en sus venas.

"¿Pero quién se va a querer ir con ella?", Ocho centímetros

ALBERTO CHIMAL

Estábamos solos en el mundo. Corríamos por la casa, nos arrojábamos los juguetes, y al final, cuando estaba cansado, ella me llevaba a dormir. Yo siempre quería que se quedara conmigo en vez de con mi padre, que de todas formas llegaba siempre tardísimo. Ella no quería, pero sí se acostaba un rato conmigo y me abrazaba por la espalda. De «cuchara», como se dice.

"Connie Mulligan", Los atacantes

SOCORRO VENEGAS

Cada uno ha ido y vuelto a su casa por algunas temporadas y luego otra vez al hospital. Aunque Lucía y yo nos queremos mucho, mucho, odiamos venir aquí, y es peor cuando no nos toca el tratamiento al mismo tiempo. Ella es de Chihuahua y yo de Toluca. Tenemos un globo terráqueo y así hemos visto que cuando volvemos a casa, realmente no estamos lejos. No tanto como Uruguay de Hungría, eso sí es lejos. No hay mar entre nosotros. Solo nubes.

"Los aposentos del aire", La memoria donde ardía

PEDRO UGARTE

Pasábamos los días de fiesta en casa. Era el mejor modo de ahorrar y con niños pequeños no resultaba muy difícil. Jugábamos a las cartas, a las adivinanzas. Blanca y yo resucitamos toda clase de divertimentos infantiles, aquellos que los niños de ahora habían abandonado, sepultados por los juegos electrónicos. Debíamos exprimir nuestra imaginación, pero comprobamos, con sorpresa, que Luis y Adela agradecían la inventiva, que les gustaba meterse en nuestros juegos, que hacían de cualquier historia un teatrillo lleno de aventuras increíbles y personajes pintorescos.

"Días de mala suerte". Nuestra historia